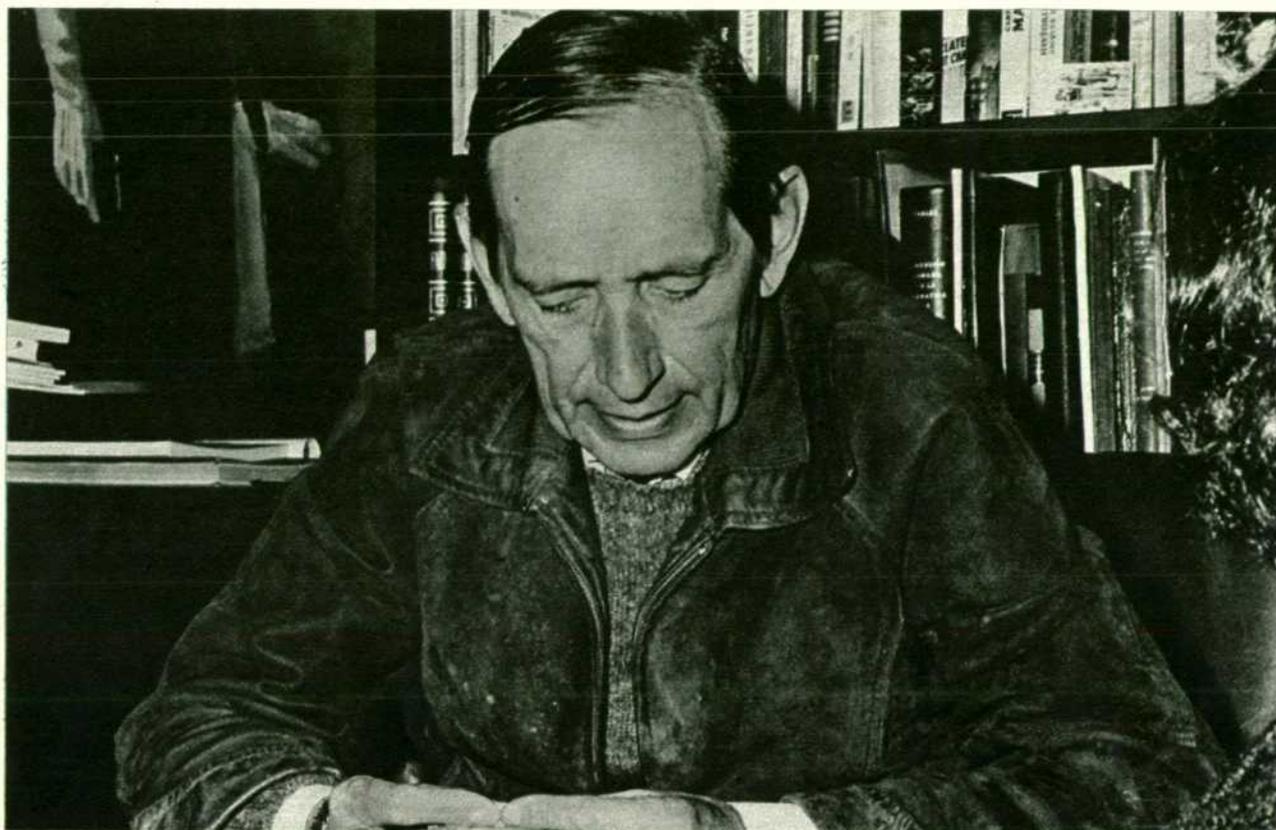


La imagen, tantas veces reflejada en entrevistas y reportajes, es todo un rito. Echar la cantidad exacta de picadura sobre el papel de fumar y, poco a poco, dar forma al cigarrillo. Un cigarrillo largo, fumado lentamente, encendido por tres veces, porque no tira bien y atendido casi con mimo, retirando, de cuando en cuando, la ceniza de la brasa con la uña.



Una imagen que es todo un rito.

MIGUEL DELIBES, DEFENSOR DE LA NATURALEZA DESDE EL PESIMISMO

● *“Yo miro a Castilla desde un punto de vista sociológico, y la Generación del 98, desde una vertiente paisajística”.*

● *Los FF. CC. Secundarios de Castilla, el viejo “tren burra”, un recuerdo entrañable de su infancia y juventud.*

● *De los países que ha visitado, Chile le gustó por su gente; Suecia, por su Naturaleza incontaminada.*

Consecrado con su primera novela, “La sombra del ciprés es alargada”. Premio Nadal en 1948, Delibes recuerda, a treinta y dos años vista, el momento en que supo que un Jurado reunido en un hotel barcelonés había elegido su obra. “Llegué esa noche al periódico y estuve más activo que de ordinario. Me levantaba a cortar las noticias del teletipo con más frecuencia que otras veces, y en una de mis incursiones —explica— estaban dando el fallo. Todavía era el ‘antefallo’, porque decía: ‘En la penúltima votación del Premio Nadal, ha dado el siguiente resultado: Miguel Delibes, con ‘La sombra del ciprés es alargada’, cuatro votos. ‘Hospital General’, de Pombo Angulo, cuatro votos; ‘Los Abel’, de Ana María Matute, dos votos. Dentro de unos minutos daremos la votación final entre Manuel Pombo Angulo y Miguel Delibes’. Yo no había dicho nada

del libro hasta entonces —continúa—, sólo lo sabían mi mujer y mis padres, así que salí a la Redacción y dije: ‘Estoy en la final del Premio Nadal’. Al principio, no lo creían; luego se armó el alboroto y el director llamó a Barcelona, donde le dijeron que yo había quedado en primer lugar. Cogí la bicicleta, porque entonces iba en bicicleta al periódico, y me presenté en casa. Mi mujer estaba esperando: ‘¿Qué ha pasado?’. ‘¡Nos lo han dado!’”.

EL NADAL, PREMIO DESCUBRIDOR

Delibes se pierde en el recuerdo. Con una media sonrisa revive aquellos momentos. “Fue una emoción indecible, porque yo no confiaba en que me dieran el premio. Tenía cierta esperanza en que el tema de la novela llamara la atención, por ser distinto al de los temas entonces ▶

en boga, pero no esperaba el premio”.

Desde entonces, otros premios, muchos años de dedicación a la literatura y una treintena larga de obras publicadas jalonan su carrera. La decisión de un Jurado nos pudo costar un escritor. **“Yo envié la novela —dice— con la humildad suficiente como para desistir si aquel Jurado, que yo consideraba inteligente, la olvidaba en el pelotón de los torpes y dispuesto a no volverme a acordar de mi afición a escribir novelas”.**

El escritor considera que los premios son casi el único camino que un autor joven tiene para darse a conocer. **“Real-**

ocho era el noventa por ciento de escritores noveles”.

CON PLUMA Y EN PAPEL MALO

Miquel Delibes habla lentamente, con una voz de nota profunda, ligeramente pastosa. **“La inspiración es ponerse a escribir todos los días. Viene de la interrupción del quehacer —explica—. Cuando uno deja una temporada larga sin escribir, la inspiración no viene a llamar a la puerta ningún día”.**

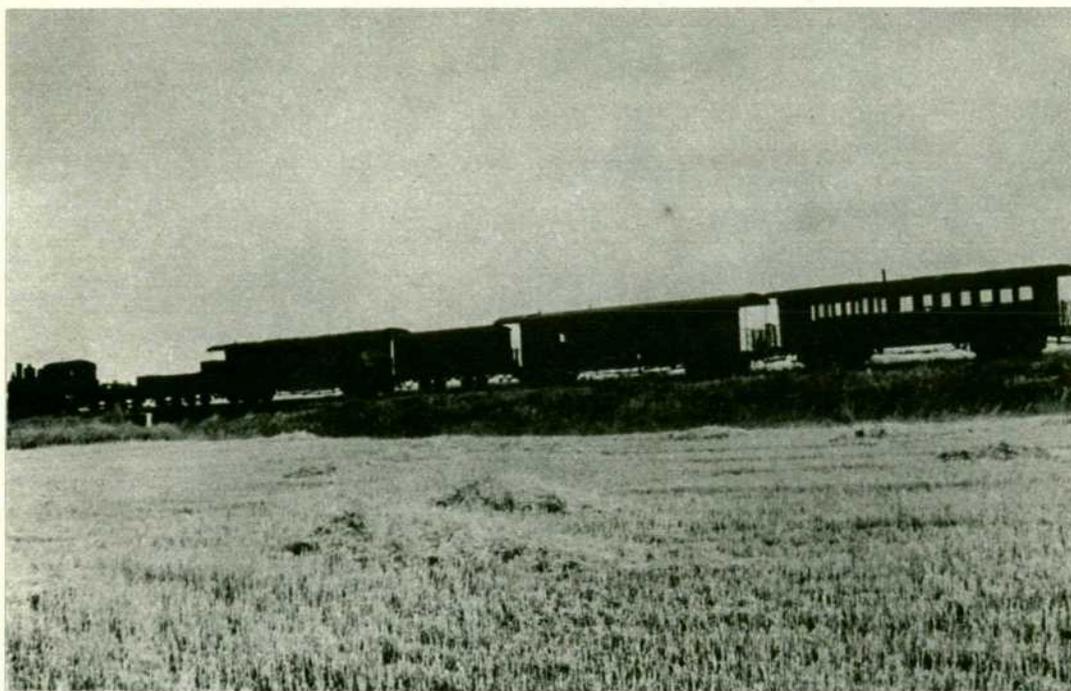
Escribe con pluma, no se ha acostumbrado a la máquina. **“Con pluma y**

No se acerca Delibes a la novela espontáneamente, dejando correr la imaginación y que la “criatura” vaya tomando la forma que desee sobre el papel. Sus obras son producto de mucho tiempo de almacenaje en el cerebro, formándose poco a poco. **“Generalmente no es la tarea que te lleva más tiempo la de escribir la novela —dice—, sino la de pensarla. Tienes dentro de ti un magma que poco a poco va cobrando forma, entrada, salida y un buen día necesitas expulsarlo. Una vez uno elige este instrumento de expresión, el escribir es una necesidad de comunicación con los demás. Si a mí me preguntas por el motivo de que yo escriba, te diría que es por la necesidad de comunicarme, de comunicar mis problemas, mis angustias, mis sinsabores, mis depresiones, mis alegrías...”.**

En su novela aparece con frecuencia el personaje primario, aferrado a un mundo casi anulado por la civilización, que se resiste a integrarse en una sociedad que no le gusta y que, en contraste con la normalidad que le circunda, adquiere ciertos matices de irrealidad. **“No siempre es así —explica—, pero yo no rehúyo este tipo de personajes que están totalmente marginados. Es el ratero, de ‘Las ratas’; es el señor Cayo, de ‘El disputado voto del señor Cayo’; es el viejo Eloy y su criada ‘la’ Desi en ‘La hoja roja’. Quizá esta sea una actitud crítica a esta sociedad que elimina a estas personas que no le son necesarias por su anomalía, por su vejez o por sus pocos años, y yo siento como una satisfacción moral reivindicarlos ante los ojos de los demás”.**

UNA CIVILIZACION QUE DESTRUYE

El discurso de ingreso en la Real Academia de Miquel Delibes versó sobre el proceso de destrucción de la Naturaleza, a la que el progreso desaforado de la civilización industrial nos lleva. Todo el texto es una exposición tremendamente pesimista del avance de las técnicas y de la paulatina aniquilación de nuestro entorno natural. Después de leer el discurso, queda una sensación de desasosiego, de estar en el aire, de que esto se acaba y no existen demasiadas soluciones. **“Sí, quizá sea pesimista la visión, pero es que yo soy pesimista y lo que veo, lo veo en pesimista. En este sentido del progreso desaforado, yo no soy opti-**



El “Tren de Tierra de Campos” o “tren burra” (FF. CC. Secundarios de Castilla), que con tanta nostalgia evoca M. D., dejó de funcionar en julio de 1969. Se había inaugurado, por el Rey Alfonso XIII, en 1912.

mente, es un camino difícil —comenta— pero me parece que era más difícil entonces, porque en el momento en que yo lo hice no había más que el Premio Nadal, y ahora hay cincuenta premios, aunque quizá por haber tantos el hecho de conseguir uno no consagre”.

“El Nadal nació como descubridor de escritores muy jóvenes. El primero fue para Carmen Laforet, que apenas tenía veinte años; el segundo, para Tapia, un muchacho que murió joven, el tercero, para Gironella, que tendría treinta años, y el cuarto, para mí, que tenía veintisiete. En fin, que el Premio Nadal era un premio descubridor de valores, aunque luego se han echado por otros derroteros, pero me dicen que la gente no escribe, es decir, que hoy llegan al Nadal un diez por ciento de obras de jóvenes, cuando en mil novecientos cuarenta y

en cuartillas de papel malo. Me habitué en el periódico al papel un poco esponjoso. Necesito el trazo grueso de estas malas cuartillas para sentir la fluidez de la tinta y de las ideas”.

Se lamenta sin pena no tener un método de trabajo. **“cada día trae su afán”.** Diez cuartillas escritas a mano es su medida normal en un día de trabajo. **“Antes no reescribía nada, pero ahora, desde que han empezado con las tesis y tesis, que son todos estos trabajos que tengo aquí —señala con amplio gesto la estantería inferior de la librería, que cubre toda una pared del despacho y en la que se alinean cientos de volúmenes—. me siento más obligado, más coaccionado. He perdido la libertad silvestre del primer momento y hoy día tengo más cuidado con lo que escribo, aunque no por eso sale mejor”.**

mista. Quizá el discurso sea un poco apocalíptico, pero lo que es evidente es que hay quien te dice que tenemos quince o veinte años para salvar la Naturaleza. A mí no me importa que sean quince, veinte o cien; lo que es cierto es que nos estamos destruyendo”.

“Te puedo contar dos detalles que riman perfectamente con lo que denuncié en el discurso —son dos detalles que a Miquel Delibes le duelen, se ve claramente, aunque ni su voz ni su gesto se han alterado—. Donde yo tengo la casa, que es en Sedano, en Burgos, hay una carretera estrechita de dieciséis kilómetros que estaba sombreada por unos árboles añosos, tilos, castaños de Indias, olmos... ¡una maravilla de árboles!; pues aquí, en lugar de poner al comenzar la carretera y al terminar: ‘Precaución: carretera estrecha. Sesenta kilómetros a la hora’, para evitar accidentes, lo que se ha hecho es talar todos los árboles, centenares de árboles desde que entra la carretera hasta que sale”.

El otro ejemplo no es menos ilustrativo. “Acabo de leer que se ha aprobado en Soria la desviación de la carretera y el puente por la zona Sur que pasa por San Saturio y afea también el Monte de las Animas..., esto lo habíamos denunciado unos cuantos escritores e intelectuales como un atropello, es decir, que poner todo al servicio del automóvil y llenar de coches esos lugares recoletos que cantó Machado, que cantó Bécquer, nos parecía una barbaridad, porque los puentes se pueden hacer por cincuenta sitios, y las carreteras, también. Sin embargo, toda esta denuncia no ha servido de nada. Naturalmente, yo, ante esta valoración tan equivocada de las cosas, me sublevo. Siempre que se plantea un pleito entre la materia y el espíritu, ten la seguridad de que va a ganar la materia”.

Miquel Delibes, en su discurso de ingreso se declaraba partidario del Manifiesto para la Supervivencia, en el que se propugna conseguir un desarrollo cero y ordenar nuestra existencia con base en otros principios: “Bueno, eso del ‘desarrollo cero’ sólo hasta cierto punto. Lo que pienso es que los pueblos que no están destruyendo su naturaleza es porque no pueden; no es porque no quieren, pero es la lógica aspiración; estos pueblos quieren salir de la miseria. El hambre es la peor contaminación, se ha dicho, y es verdad, es verdad —repi-



Miquel Delibes habla lentamente, con una voz de nota profunda, ligeramente pastosa...

te—. Lo ideal sería que, una vez que sabemos dónde han tropezado los países poderosos, evitar esas mismas piedras a los que empiezan a desarrollarse ahora. Esto, o se afronta con un criterio de salvación mundial, o no se afronta”.

¿ME HACES FOTOS?

En la puerta del despacho ha aparecido Panchito, el nieto de Miquel Delibes. En palabras de un personaje de su abuelo, se puede decir de él que “es más bonito que un San Luis”.

Con él ha entrado algo muy cálido en la habitación, el ambiente se ha distendido por completo. El “¿me haces fotos?” con que nos ha saludado ha roto la seriedad de las respuestas. Miquel Delibes lo sienta en sus rodillas y empieza a hacerle esas preguntas que siempre se les hacen a los niños.

Panchito, con sus cuatro años, con su ingenuidad, contesta un poco abstraído, con la mirada fija en la cámara de Isabel. “¿Quién trae truchas?” —pregunta el escritor—. “El abuelo y papá”, responde el niño. “¿Y perdices?”. “¡Tú!”. La adoración es mutua.

A poco aparece Cam en la habitación. Panchito explica en seguida que su hermano “tiene dos años”. También el pequeño se sienta sobre las rodillas del escritor y posa sin ningún embarazo para las fotografías.

Panchito se ha convertido en el portavoz de su hermano, y nos explica que “va al cole”. Alguien les llama, precisamente para llevarlos al colegio; y se marchan. Panchito, algo remiso, porque

quiere llevarse las revistas en las que aparece el tren...

EL ABANDONO DE CASTILLA

Hablar con Miquel Delibes sin hablar de Castilla, de esa Castilla que él refleja con tanta asiduidad en su obra, es imposible. Al comparar su visión de Castilla con la que tuvo la Generación del 98, él ve la diferencia en que “yo miro a Castilla desde un punto de vista sociológico y ellos desde una vertiente paisajística y, en este sentido, mis libros pueden dar una impresión más verdadera de lo que es Castilla”.

“Yo creo que Castilla es una región muy deprimida que sigue siendo preferentemente agrícola, pero a la que la emigración está postrando de manera preocupante. Pienso que en los pueblos de Castilla, dentro de quince o veinte años, no va a quedar gente. El problema es cómo se van a explotar estas tierras o si se van a abandonar y se van a dejar convertidas en un pajonal, sólo apto para que pasten los rebaños de ovejas. No lo sé, esta es la disyuntiva a corto plazo”.

El abandono de los pueblos no está motivado, según Delibes, tanto por las duras condiciones de la vida en el campo como “por las condiciones de abandono en que están nuestros pueblos. No hay el menos estímulo cultural, recreativo o deportivo. No hay estímulos de ningún tipo, y aquí los pueblecitos están abandonados a su suerte y la gente se aburre mortalmente, y fuera del alcohol y del sexo no queda ningún aliciente”.



Panchito y Cam posan, sin embarazo, junto a su abuelo.

“Los protagonistas de mis libros que se resisten a abandonar los pueblos, salvo el Nini, el niño de ‘Las ratas’, que es un amante de la Naturaleza, son gente vieja, apegada a esta tierra donde han nacido y a esas costumbres. Yo conozco viejos — explica — a los que han trasladado a Barcelona o a Madrid y que se han muerto al poco tiempo. Ellos añoran la solana, la nogala a cuya sombra se sentaban, las meriendas y las cangrejadas al lado de los arroyos... Esta gente que yo he salvado de la ‘débacle’ de la emigración son gente ya vinculada a un pueblo, a unas circunstancias y a unas costumbres y les permanecen fieles, pero el problema es cuando esa gente desaparezca...”

LA MUERTE DE UN IDIOMA

—No hay derecho — murmuró, y recostó la nuca en el respaldo del asiento.

—¿A qué no hay derecho, macho?

—A esto — dijo Víctor apuntando a los últimos edificios del pueblo —. A que hayamos dejado morir una cultura sin mover un dedo.

Esta queja que expresa Víctor, uno de los protagonistas de “El disputado voto del señor Cayo”, es una queja que se repite en los labios de su autor. “El idioma castellano, el rico idioma castellano, se está perdiendo. De la propiedad con que habla el hombre maduro de Castilla a la improvisación con que hablan los jóvenes hay un abismo. Nos vamos olvidando de cómo se llama cada cosa, de manera que yo pienso que, para entender alguna novela mía, como, por ejemplo, ‘Las ratas’, habrá que echar mano del diccionario”.

El escritor refuerza sus afirmaciones con una anécdota muy significativa. “Un día que iba cazando con un viejo de pueblo, cada vez que salía una perdiz decía: ‘Otra a la pobeda’. Yo pensaba: ‘¿Qué será esto de la pobeda?’. Se lo pregunté y me dijo que eran ‘los árboles de ahí abajo’. Creí que sería un dicho local, pero al llegar a casa y mirar el diccionario de la Real Academia, encontré: ‘Pobeda: tierra sembrada de pobos. Pobo: álamo blanco’. Es decir, que una pobeda es una alameda conforme al diccionario de la Lengua. Esto lo utilizaba aquel campesino como una palabra normal, como nosotros decimos cama o mesa, y con una exactitud rigurosa. Ahora esta propiedad y este habla tan sugestiva, tan rica, se está perdiendo día a día, por no decir que se ha perdido ya”.

Enlazando Castilla y el ferrocarril, a Miguel Delibes le traen buenos recuerdos los entrañables ‘Secundarios de Castilla’. ‘¡El tren burra!’ El tren burra era una estampa inolvidable del Valladolid clásico que ha desaparecido. Yo no podré olvidar jamás aquel trenecito que llevaba un hombre delante, en el tope de la máquina, con un cornetín, y atravesaba la ciudad tocando la corneta para que la gente se apartara; aquello era una verdadera delicia. Las antiguas máquinas de vapor conservan para mí un aire de encanto indecible, tal vez porque me recuerdan mi infancia y mi juventud”.

DIRECTOR DEL “NORTE”

En “El Norte de Castilla” recibió la noticia de su primer premio. Más tarde llegó a ser director de este diario valli-

soletano: en la actualidad forma parte de un comité asesor. “La etapa de mayor agrado fue quizá cuando fui nombrado director y puede echar mano de una serie de nombres que entonces no habían escrito nada, que tenían veinte, veintitantos años, y los incorporé a las tareas de ‘El Norte’. Estos hombres de que te hablo son hoy gentes importantes, como Francisco Umbral, José Luis Martín Descalzo, José Jiménez Lozano, Manuel Angel Leguineche, Arrizabalaga, Pérez Pellón, César Alonso de los Ríos..., gentes que hoy están de directores de agencia, de periódico, que son grandes plumas, grandes escritores. Con este equipo pudimos dar al periódico una orientación distinta. Llevábamos una serie de páginas especiales como eran las de Artes y Letras, con una crítica literaria de alta calidad. ‘El Caballo de Troya’, que era una página de crítica social avanzada para el momento en que la hicimos, en que la censura era muy rígida. Hicimos otra página que se llamaba ‘Ancha es Castilla’, en la que se denunciaba el abandono de los pueblos castellanos. Para mí, como periodista, el momento más culminante fue este. Por entonces decía ‘La Croix’ que ‘El Norte de Castilla’ era un periódico de gran independencia y que cuando llegaba a Madrid, la gente lo recogía en los quioscos y se iba a leerlo a casa como si llevara en el bolsillo algo prohibido”.

VIAJERO IDEAL

Como viajero, Miguel Delibes es el viajero ideal. “Bueno, a mí no hay países que me gusten poco. En todos la novedad me llena el ojo de entrada. En todos encuentro la nota particular que es suficiente para atraer mi atención y que me gusten”.

“En Chile me encantó el pueblo chileno, la calle. Como buenos hispanoamericanos, viven volcados en la calle y la geografía chilena, que es una maravilla. Hay de todo: valles, cordilleras inmensas, volcanes, lagos, un maravilloso muestrario geográfico. En Europa, los países del Norte. El año pasado visité Suecia, que me causó una impresión excelente. Mantienen la Naturaleza aparentemente incontaminada: ríos limpios, bosques enormes, rebaños de renos, rebaños de alces. En estos tiempos esto es realmente maravilloso”. ■ AMPARO SUAREZ. Fotos: ISABEL PERALEDA.